

LA ALEGRÍA DEL AMOR, AMORIS LAETITIA EN LA VIDA Y MISIÓN DE ACCIÓN CATÓLICA.

Por el Foro Internacional de Acción Católica (FIAC)

Estamos en el año Amoris Laetitia de la Familia (marzo 2021-junio 2022). Queremos con este texto invitar a la lectura de Amoris Laetitia (La alegría del amor), la exhortación post-sinodal en la que el papa Francisco recoge y relanza todo lo que ha emergido del largo camino sinodal dedicado a la familia.



1. UNA MIRADA NUEVA. LA FAMILIA NO ES UN PROBLEMA SINO UNA OPORTUNIDAD.

Lo que se pone en evidencia antes de comenzar a tomar en las manos Amoris Laetitia es el hecho que se trata de un texto destinado a todos: no a los expertos de la pastoral familiar y tampoco sólo para los que están casados, sino a todos nosotros que venimos de una familia y formamos parte de una, convencidos que la familia está en el corazón de todos y está en el corazón de toda la Iglesia y que solamente volviendo a partir de la familia es posible anunciar el Evangelio hoy.

Hablar de la familia, detenerse a considerar el valor insustituible es un bien para todos y es algo de lo cual hay gran necesidad.

Todo el documento es una invitación cordial a reconsiderar la realidad de la familia, a detenerse a reflexionar sobre cuánto se vive en ella para aprender a descubrirla como lugar

en la que la gracia del Señor actúa, no a pesar de, sino precisamente a través de nuestras imperfecciones, sufrimientos, alegrías, cansancios y buenos propósitos cotidianos.

La clave de lectura, dada desde el comienzo y confirmada continuamente, es que la familia es “espacio teologal”.

“La presencia del Señor habita en la familia real y concreta, con todos sus sufrimientos, luchas, alegrías e intentos cotidianos” (AL 315).

La invitación es reconocer esta presencia, a reconocer en la propia historia familiar el mensaje de Dios (cf. AL 30).

Se trata de un verdadero y propio cambio de perspectiva: “tenemos que ser humildes y realistas, para reconocer que a veces nuestro modo de presentar las convicciones cristianas, y la forma de tratar a las personas, han ayudado a provocar lo que hoy lamentamos, por lo cual nos corresponde una saludable reacción de autocrítica. Por otra parte, con frecuencia presentamos el matrimonio de tal manera que su fin unitivo, el llamado a crecer en el amor y el ideal de ayuda mutua, quedó opacado por un acento casi excluyen-

te en el deber de la procreación. Tampoco hemos hecho un buen acompañamiento de los nuevos matrimonios en sus primeros años, con propuestas que se adapten a sus horarios, a sus lenguajes, a sus inquietudes más concretas. Otras veces, hemos presentado un ideal teológico del matrimonio demasiado abstracto, casi artificiosamente construido, lejano de la situación concreta y de las posibilidades efectivas de las familias reales. Esta idealización excesiva, sobre todo cuando no hemos despertado la confianza en la gracia, no ha hecho que el matrimonio sea más deseable y atractivo, sino todo lo contrario” (AL 36).

“Durante mucho tiempo creímos que con sólo insistir en cuestiones doctrinales, bioéticas y morales, sin motivar la apertura a la gracia, ya sosteníamos suficientemente a las familias, consolidábamos el vínculo de los esposos y llenábamos de sentido sus vidas compartidas. Tenemos dificultad para presentar al matrimonio más como un camino dinámico de desarrollo y realización que como un peso a soportar toda la vida”(AL 37).

El anuncio cristiano que se refiere a la familia es “verdaderamente una buena noticia” (AL 1) para toda la humanidad. Todos deben sentirse llamados “a cuidar con amor la vida de las familias, porque ellas no son un problema, son principalmente una oportunidad” (AL 7). La familia es el futuro del mundo, el motor de la historia. Aprender a estimar los dones del matrimonio y de la familia ayuda a “sostener un amor fuerte y lleno de valores como la generosidad, el compromiso, la fidelidad o la paciencia. En segundo lugar, porque procura alentar a todos para que sean signos de misericordia y cercanía allí donde la vida familiar no se realiza perfectamente o no se desarrolla con paz y gozo” (AL 5).

A todos nosotros se nos pide observar con cuidado a la familia, a nuestras familias, con

“A todos nosotros se nos pide observar con cuidado a la familia, a nuestras familias, con una mirada nueva aprender a contemplarlas con la mirada de Dios.”

En familia

Invitación a la reflexión

- ¿Qué es lo hermoso de nuestra familia, más allá de nuestros límites, de las fatigas y de nuestras dificultades?

Dinámica en familia

Cada miembro de la familia señala a los demás un aspecto positivo y hermoso de cada uno y de toda su familia. Le prepara una manualidad para demostrarle lo importante que es.

Oración

Señor Jesús, te encomendamos nuestra familia y todas las familias del mundo. Enséñanos a mirarnos siempre con renovado asombro, para no pensar jamás que nos conocemos del todo, sino para poder ver siempre la infinita belleza que tú has puesto en cada persona. Ayúdanos a descubrir que el amor tiene sus necesidades y danos la fuerza para respetarlas siempre. AMEN

Para profundizar

Invitación a la lectura de Amoris Laetitia. Amoris Laetitia nn. 1-7

La realidad y los retos de las familias Amoris Laetitia, nn. 31-57

Exhortación Apostólica AMORIS LAETITIA

una mirada nueva aprender a contemplarlas con la mirada de Dios.

A nivel personal

- ¿Cómo miro mi esperanza de familia? ¿Se hacer memoria de su historia con agradecimiento?
- ¿Cuánto me detengo a considerar la acción de la gracia dentro de esta historia?
- ¿Qué lenguaje utilizo al hablar de mi familia?



Amoris Laetitia "La alegría del amor"

"Como María, las familias son exhortadas a vivir con coraje y serenidad sus desafíos familiares, tristes y entusiasmantes, y a custodiar y meditar en el corazón las maravillas de Dios" (Cap 1 No 30)

A nivel de Iglesia

- ¿Qué espacio y cuál atención reservamos a la familia en el compromiso pastoral?
- ¿Cuál es el lenguaje con el que hablamos?
- ¿Se advierte en las homilías, en las catequesis, en la comunicación cotidiana una actitud de estima respecto a la familia?
- ¿Las familias se sienten acogidas en la comunidad eclesial? ¿Nos preocupamos de crear las condiciones para que la comunidad sea casa acogedora para ellas? ¿De qué modo?

A nivel de Acción Católica

- ¿Cuándo, cómo, con quién hablamos de familia?
- ¿Somos capaces de advertir la centralidad de la familia fuera de lógicas de especialización y de sectorialización (la familia no como una parte para absolutizar, sino como una clave de lectura, una aproximación global que es el centro a las relaciones)?
- ¿Cuánto valoramos la intergeneracionalidad en los caminos formativos y en la vida de la Acción Católica?
- La Acción Católica "formato de familia": ¿qué significa para nosotros?

2. LA ALEGRÍA EL AMOR ENTRE EL TIEMPO Y LO ETERNO.

La presencia de Dios no está en la perfección, que no se da jamás, y tampoco en nuestro esfuerzo voluntarista hacia la perfección. "El amor convive con la imperfección" (AL 113). En la vida de nuestras familias no se puede pedir que exista la perfección, ni que el otro sea perfecto o nos ame con un amor perfecto. Lo único absoluto que hay que reconocer como tal es el amor del Señor, de quien nos debemos dejar conducir y en quien aprender a amar y a aceptarnos.

La perfección del amor está en la raíz que nos es dada y no falla jamás; y está en el cumplimiento, también donado, para invocar y al que contribuir no dejando jamás de crecer en el amor.

La perfección del amor, la plenitud de la comunión no es la de pretender, sino la de construir con humildad y tenacidad, y de aceptar como lo que nos es prometido y lo que nos será donado más allá de cada limitación nuestra, más allá de toda imaginación y espera nuestras.

"no existen las familias perfectas que nos propone la propaganda falaz y consumista. En ellas no pasan los años, no existe la enfermedad, el dolor ni la muerte" (AL 135).

El amor tiene necesidad de tiempo: no de

un tiempo para consumir, sino de un tiempo para vivir, para escuchar. Es necesario darse tiempo para saber esperar, para escucharse, comprenderse y perdonarse. Darse tiempo para construir, para dialogar, para proyectar y para “negociar”.

A pesar de la fragilidad en el tiempo, el matrimonio y la familia nos hacen comprender que estamos hechos para la comunión, hechos para estar en relación con la imagen del Dios Trino y que “la unidad de todo el género humano en la “unión íntima con Dios” es el fin último que guía la historia humana, así como la existencia de cada uno de nosotros.

A nivel personal

- ¿Qué sentido doy a la alegría del amor?
- ¿Qué conexión concibo entre alegría y responsabilidad en la vida de mi familia? ¿Soy capaz de experimentar la alegría de las dificultades y las dificultades de cada día?
- ¿Soy capaz de comprender mi historia familiar como un camino?
- ¿En nuestra familia no nos detenemos nunca a repensar y a proyectar juntos esta historia?
- ¿Logramos darnos tiempo?
- ¿Cómo me relaciono con la experiencia de la imperfección en los vínculos familiares? ¿Cómo se vive la relación con la imperfección en mi familia?

A nivel de Iglesia

- ¿Qué caminos de preparación al matrimonio proponemos?
- ¿Somos capaces de ayudar a aceptar el don de la gracia que está en el matrimonio y el dinamismo de responsabilidad que genera?
- ¿Sabemos proyectar el camino al que abre el matrimonio?

“Es necesario darse tiempo para saber esperar, para escucharse, comprenderse y perdonarse. Darse tiempo para construir, para dialogar, para proyectar y para “negociar”.”

- ¿Sabemos ayudar a comprender el sentido último de este camino que hay que construir día a día?
- ¿Sabemos ayudar a comprender el tiempo en relación con lo eterno? ¿Educamos para estimar la belleza y la riqueza de las relaciones familiares también en su fragilidad?
- ¿Qué cuidado reserva la comunidad eclesial a las distintas estaciones de la vida familiar?
- ¿Sabemos acompañar y sostener a las familias en el tiempo?

A nivel de Acción Católica

- ¿Cómo educamos en el cuidado de las relaciones? ¿Formamos en los afectos acorde al sentido del tiempo?
- ¿Qué espacio tiene en nuestros caminos formativos la comprensión del sentido último de la existencia de cada uno y de la historia común?
- ¿Cuánto sabemos sostener y acompañar en el discernimiento vocacional? ¿Somos conscientes que la vocación de cada uno de nosotros tiene necesidad de ser confirmada, consolidada y redescubierta siempre de nuevo?
- ¿Sabemos sostener y acompañar la vida de las familias en las vicisitudes y en las estaciones que señalan el curso? ¿Formamos en la capacidad del discernimiento, en la



disponibilidad a buscar en los acontecimientos de la vida y en las relaciones la voluntad del Señor?

3. UNA TRAMA DE BUENAS RELACIONES.

El anuncio del Evangelio pasa a través de la familia por aquello que la familia es y por aquello que es dado experimentar en la familia.

La familia puede ser llamada “Iglesia doméstica” porque es en ella que «madura la primera experiencia eclesial de la comunión entre personas, en las que se refleja, por gracia, el misterio de la Santa Trinidad» (AL 86).

También para la sociedad la familia tiene un valor irremplazable. Ella es el lugar en el que se aprende a estar juntos y a comprender qué significa esto, haciendo experiencias concretas. La familia puede educar como ninguna otra realidad a sentirse parte de un tejido de relaciones y a asumir la responsabilidad de sentirse y ser corresponsables de una vida común. La familia se construye como una trama de relaciones buenas que generan relaciones.

El amor que se celebra en el matrimonio y que se alimenta de la fuerza santificante del sacramento es un amor que genera vida: en la aceptación de los hijos que el Señor regala, pero también y ante todo en una

fecundidad espiritual que es la verdadera sustancia de la paternidad y de la maternidad, y que hace posible contribuir a generar también los hijos que no nos pertenecen, y el mundo verdaderamente humano.

“Un matrimonio que experimente la fuerza del amor, sabe que ese amor está llamado a sanar las heridas de los abandonados, a instaurar la cultura del encuentro, a luchar por la justicia. Dios ha confiado a la familia el proyecto de hacer «doméstico» el mundo, para que todos lleguen a sentir a cada ser humano como un hermano” (AL 182).

A nivel personal

- ¿Cómo vivo en mi familia la apertura al mundo y a los demás?
- ¿Percibo a mi familia como parte de una comunidad más amplia?
- ¿Qué espacio tiene la atención a quien está necesitado?
- ¿En qué consiste para mí la responsabilidad social de ser familia?
- ¿Qué quiere decir llevar el estilo de vida familiar a los lugares de la vida común?
- ¿Qué significa para mí en concreto la definición de la familia como Iglesia doméstica?

A nivel de Iglesia

- ¿Qué consideración tenemos de la capacidad de la familia de anunciar el Evangelio? ¿Y a través de qué consideramos pasos de este anuncio?
- ¿Creamos las condiciones para que las familias se sientan protagonistas en la vida de la comunidad?
- ¿Qué apoyo ofrecemos a la transmisión de la fe en la vida familiar?
- ¿Sabemos educar en el sentido de la fecundidad?

A nivel de Acción Católica

- ¿Involucramos a las familias en la vida de la Asociación? ¿Cómo?
- ¿Sabemos hacerlas partícipes de los caminos formativos?
- ¿Cómo contribuimos a abrir a las familias a una responsabilidad más amplia?
- ¿Qué redes logramos construir entre las familias de la Asociación y de nuestra comunidad?

4. LA ALIANZA IGLESIA-FAMILIA.

La espiritualidad que es propia del matrimonio y de la familia es «una espiritualidad del cuidado», en la que se puede advertir la ternura de Dios y la permanente provocación del Espíritu. Brindar cuidados, sostenerse y estimularse mutuamente es parte viva de la espiritualidad familiar. Una espiritualidad que se alimenta de la oración.

Una espiritualidad que en la celebración de la Eucaristía encuentra la fuerza y el estímulo para vivir cada día la alianza matrimonial como “Iglesia doméstica” (AL 318) y que sobre todo se afianza en el abrirse del corazón a las necesidades de los más débiles (cfr. AL 324).

Pero el cuidado es también el estilo con el que la Iglesia está llamada a dirigirse a la familia. Hay necesidad de una Iglesia que se redescubra familia, que se reconozca en un estilo familiar.

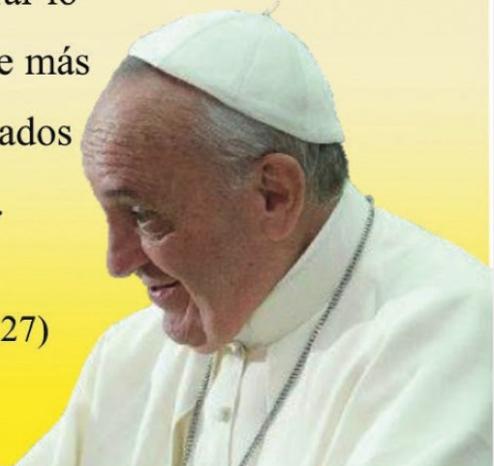
La alianza Iglesia-familia es el camino indicado por Amoris Laetitia, una alianza esencial para el anuncio del Evangelio,

«Alegría y belleza»

Jesucristo, Señor nuestro, entender que el amor al otro implica ese gusto de contemplar y valorar lo bello y sagrado de su ser personal, que existe más allá de mis necesidades, es un reto que apoyados en tu amor incondicional queremos alcanzar.

(Cfr. AL 127)

Padrenuestro, Avemaría y Gloria



“ El amor que se celebra en el matrimonio y que se alimenta de la fuerza santificante del sacramento es un amor que genera vida. ”

para la vida misma de la Iglesia y para la vida de las personas. Pero este volver a dar centralidad a la familia no quiere decir campo de la pastoral familiar, encontrar nuevos slogans en torno a los cuales organizar iniciativas y promover debates. Hay necesidad de crear una mentalidad nueva, de repensar la pastoral y en consecuencia los tiempos, los modos, en algunos casos también los lugares, volviendo a partir de las familias. No una pastoral que mira exclusivamente a los individuos, de los que se hace cargo en relación a determinadas ocasiones o a sus determinadas condiciones de vida. Hay necesidad de superar la lógica de la pastoral hecha en trozos pequeños, de las especializaciones sectoriales, para recuperar el sentido de la unidad de la vida de la persona y de su ser-en-relación. La parroquia, como comunidad cristiana concreta, puede desempeñar un rol decisivo en tal sentido, porque es en la parroquia que debe poder advertirse el carácter acogedor de la Iglesia, de una Iglesia según el Evangelio con las puertas siempre abiertas. Y en la parroquia, como recuerda Amoris Laetitia, “se armonizan las contribuciones de las pequeñas comunidades, de los movimientos y de las asociaciones eclesiales” (AL 202).

Pero esto requiere la superación de visiones funcionalistas. Todavía estamos demasiado habituados a pensar en términos de iniciativas para las familias, a movernos en la lógica de un activismo pastoral. Ha llegado el tiempo de saber ponerse en discusión apuntando a lo esencial. Y lo esencial es hoy que cada vez más familias (en la simplicidad y en la normalidad de su vida) sepan dar el anuncio alegre del Evangelio

y el testimonio bello del encuentro con el Señor que cambia la vida.

Lo esencial es hoy hacerse cargo de la vida concreta de las familias en la diversidad de las situaciones, para que cada uno se sienta acogido, alentado y apoyado en la búsqueda de Dios; para que cada uno pueda advertir en la ternura de la comunidad una ternura de madre, el amor misericordioso de Dios que levanta y regenera.

Una pastoral de proximidad requiere que se sepa estar al lado en los momentos de crisis que signan inevitablemente la vida de las familias.

“Cada crisis esconde una buena noticia que hay que saber escuchar afinando el oído del corazón” (AL 232).

Esto requiere una cercanía que se construye en el tiempo. Y sobre todo, requiere delicadeza. Hay después situaciones de sufrimiento particular que necesitan ser acogidas y comprendidas en su dramaticidad y sostenidas.

Los Padres indicaron que “un discernimiento particular es indispensable para acompañar pastoralmente a los separados, los divorciados, los abandonados. Hay que acoger y valorar especialmente el dolor de quienes han sufrido injustamente la separación, el divorcio o el abandono, o bien, se han visto obligados a romper la convivencia por los maltratos del cónyuge” (AL 242).

Nadie debe sentirse excluido de la comunidad eclesial. Y no hay que dejar solo a nadie, sobre todo cuando está en juego el bien de los hijos. Es necesario discernir y ayudar a discernir.

“Un pastor no puede sentirse satisfecho sólo aplicando leyes morales a quienes viven en situaciones «irregulares», como si fueran rocas que se lanzan sobre la vida de las persona”(AL 305).

No se debe dejar de anunciar el Evangelio de la familia, de proponer la belleza del matrimonio. Una pastoral que consolida y previene es más importante que una pastoral de los fracasos. Pero la lógica que debe guiar la acción de la Iglesia es siempre la de la misericordia. Una lógica que impulsa a ponerse en camino para sostener el camino hacia el Señor que cada uno está llamado a recorrer en la unicidad de su historia personal.

A nivel personal

- ¿Qué puesto tiene la oración en mi familia? ¿Somos capaces de rezar los unos por los otros?
- ¿Encontramos en la Eucaristía el centro y la fuente permanente de nuestro estar juntos?
- ¿Hacemos memoria de los momentos atravesados de dificultad y de crisis. Qué han significado? ¿Cómo los hemos vivido? ¿Qué o quién nos han ayudado?
- ¿Cómo nos relacionamos con quién vive situaciones llamadas “irregulares”?

A nivel de Iglesia

- ¿Qué conocimiento tenemos de las historias familiares?
- ¿De qué manera la comunidad llega a estar al lado en los momentos de dificultad y de crisis?
- ¿Cuál es la atención a las familias heridas? ¿Nuestra comunidad es capaz de brindar acogida?
- ¿Cuán atentos estamos a la situación de quien es más frágil, de los hijos en particular?
- ¿Hay experiencias de apoyo en el discernimiento?

A nivel de Acción Católica

- ¿Nuestros grupos son lugares en los que se experimenta la proximidad?
- ¿Estamos abiertos a recibir a quien vive situaciones de especial sufrimiento?
- ¿Somos capaces de proponer y de sostener caminos de discernimiento?

5. LA CONTRIBUCIÓN DE LA ACCIÓN CATÓLICA.

Corresponde también en este sentido el compromiso de la Acción Católica. Su propuesta ha sido siempre importante para la vida de las familias y hoy lo es más que nunca. Basta pensar en el diálogo entre las generaciones, la corresponsabilidad difundida



“El don de un nuevo hijo, que el Señor confía a papá y mamá, comienza con la acogida, prosigue con la custodia a lo largo de la vida terrena y tiene como destino final el gozo de la vida eterna”.

Amoris Laetitia 166



da, el sentido del acompañamiento que se experimentan en la Acción Católica. Al asociar a niños, jóvenes, estudiantes y trabajadores, personas de todas las generaciones y condiciones sociales, haciendo experimentar concretamente el sentido vivo de la comunidad y del amor por el propio país, la Acción Católica constituye un proyecto que está “al servicio” de las familias. Están en esta línea el servicio a los niños, todas las iniciativas que la Acción Católica realiza para los novios, las parejas jóvenes, para los progenitores, para los más pequeños, para los ancianos, para las familias en dificultades, el compromiso cultural y político, y sobre todo el compromiso formativo que es el corazón de la propuesta asociativa. Una formación seria, para todas las edades y para todos, una formación que a partir de la fe ayuda a encontrar criterios de discernimiento, orientaciones de sentido, a madurar elecciones y responsabilidades. Es esa educación de las conciencias jamás dada totalmente, que acompaña cada tiempo de la vida y que es fundamental para afrontar adecuadamente la vida familiar.

Con la calidad de una vida asociativa y de recorridos formativos que no sólo cruzan sino que saben hacer participar a las familias en todos los niveles, la Acción Católica puede seguramente contribuir a hacer en modo que cada familia se sienta en la Iglesia como en casa, sea sostenida y acompañada en su camino y descubra el don del cual es portadora para la vida de la Iglesia y de toda

la humanidad. Puede contribuir a quebrar el individualismo en el que nos refugiamos con frecuencia.

Es la que el Papa llama “familia amplia” o “familia ampliada”.

“En esa familia grande puede haber algunos necesitados de ayuda, o al menos de compañía y de gestos de afecto, o puede haber grandes sufrimientos que necesitan un consuelo” (AL 187).

Pero ese es también el contexto en el que poder experimentar que nadie es dejado solo con su sufrimiento, su cansancio, su límite.

En conclusión, podemos decir que la que emerge de *Amoris Laetitia* es conjuntamente una imagen de familia y de Iglesia, de una Iglesia que es familia, que nos fascina y nos interpela: el sueño de una humanidad y de una Iglesia que no podemos no compartir y por la cual no podemos no elegir también consumirnos.

“Esta familia grande debería integrar con mucho amor a las madres adolescentes, a los niños sin padres, a las mujeres solas que deben llevar adelante la educación de sus hijos, a las personas con alguna discapacidad que requieren mucho afecto y cercanía, a los jóvenes que luchan contra una adicción, a los solteros, separados o viudos que sufren la soledad, a los ancianos y enfermos que no reciben el apoyo de sus hijos, y en su seno tienen cabida «incluso los más desastrosos en las conductas de su vida». También puede ayudar a compensar las fragilidades de los padres, o detectar y denunciar a tiempo posibles situaciones de violencia o incluso de abuso sufridas por los niños, dándoles un amor sano y una tutela familiar cuando sus padres no pueden asegurarla” (AL 197).

Como conclusión de esta triple mirada

- ¿Qué acciones concretas podemos proponernos para transformar positivamente la realidad a partir de lo compartido?